

dose las unas para que se dividiese la sucesión española, y la otra para que se le adjudicase toda ella. En efecto, sólo se sostuvo por la habilidad y también por los defectos del ilustre triunvirato de que ya hemos hablado. Heinsio, tímido por naturaleza; Marlborough, avaro de riquezas y de poder; Eugenio, hostil por venganza á Luis XIV, y conociéndose necesario al Austria que no tenía otros generales.

Habia comenzado Eugenio la guerra en Italia, alcanzando cerca de Carpi una victoria sobre el prudente Catinat (julio de 1701), pero el mariscal de Villeroi, que reemplazó á aquel general, y que no era célebre sino por sus intrigas y orgullo, empeoró las cosas con sus imprudentes temeridades, hasta el momento en que fué hecho prisionero en Cremona. Tuvo por sucesor al duque de Vendome (febrero de 1702), brillante y afeminado soldado, que permaneciendo en la cama hasta las cuatro, descuidaba la disciplina del ejército, rescataba este defecto con felices osadías, y libertó á Mántua (agosto).

El rey de España peleó en persona en Luzzara. Acostumbrado á las armas desde su juventud, tenía además valor; y como se le preguntase en qué puesto debía colocarse el rey en las batallas, contestó: *En el primero como en todas partes*. Acudió á Nápoles, donde estaban muy descontentos del gobierno español; pero no supo ganarse las voluntades. Fué después á pelear á Lombardia; pero pronto volvió á España. No habiendo sido educado para reinar, se había conservado puro de la corrupción de su corte natal; pero modesto, tímido, incapaz de tomar resoluciones por sí propio, se dejaba dirigir por el ayo que le había dado su padre. Aun no hacía que estaba un año en Madrid, cuando fué atacado de las crisis nerviosas y de los accesos de melancolía, que le atormentaron siempre: desde entonces, disgustado de toda ocupación tenía miedo en la soledad, derramaba con frecuencia lágrimas, y todo hubiera ido mal si Luis XIV no le hubiera enviado personas de confianza para sostener la vida en el país, y remediar los desórdenes de una detestable administración (3).

**Batalla de Friedlingen, 14 setiembre.**— Durante este tiempo sucumbían los franceses en el mar, y la escuadra española era destruida en Vigo por el duque de Ormond y el almirante Rook. Continuaba Marlborough con éxito la campaña en el Rin; los imperiales amenazaban la Alsacia; pero

(3) «El rey no tiene ni un sueldo. Paso por un hombre hábil porque he encontrado dinero para poner una puerta á la cueva y comprar tohallas, pues iban á servir las rodillas de los marmitones. Los criados españoles á las órdenes del mayordomo, piden limosna, y están enteramente desnudos. Los caballos están aun peor, en atención á que no pueden mendigar.» *Memorias secretas sobre el establecimiento de la casa de Borbon en España*; extractos de la correspondencia de M. de Louville. Paris, 1818, t. I, página 162

Villars, tan valiente general como diestro diplomático, aventuró una batalla en Friedlingen con fuerzas desproporcionadas, y habiendo quedado vencedor fué nombrado mariscal.

**Batalla de Hochstedt, 13 agosto 1704.**— Por consejo suyo, intentó Luis XIV un esfuerzo general, y pensaba, asistido del duque de Saboya y de los sublevados húngaros, hacer marchar por todas partes tropas contra el Austria, y apoderarse de Viena, á fin de poder decir: *El Austria ha cesado de reinar* (1703). Ya, en efecto, el enemigo estaba bastante cerca para que se discutiese en el consejo áulico la cuestión de si Leopoldo debía abandonar á Viena (4), cuando el duque de Saboya hizo cambiar la faz de los asuntos, desertando de la causa de la Francia, aunque era suegro de Felipe V. Resultó entonces para él la pérdida de su ducado. Eugenio y Marlborough remediaron los reveses de la Alemania (1704). La gran batalla de Hochstedt, en la que hicieron treinta mil prisioneros, entregó la Baviera á los imperiales, y libertó á la Alemania de los franceses. Al mismo tiempo los ingleses destruyeron los buques franceses en Gibraltar, de los que se apoderaron; y después de tantos y tan grandes esfuerzos para reunir una hermosa marina, no se vieron ya barcos franceses en el Mediterráneo ni en el Océano. Habiendo sido batido Villeroi en Ramilliers (23 mayo 1706), en el Bravante por Marlborough, perdióse la Flandes. La fortuna fué también adversa á la Francia en Italia, cuando Vendome, que había salido victorioso en Cassano y en Calcinato, fué reemplazado. Eugenio hizo levantar el sitio de Turin; lo que hizo se perdiese el ducado de Módena, el de Mántua, el Piamonte y Nápoles. Encerrados los franceses en Milan, capitularon bajo la condición de volver á su país; por lo cual se le hizo un cargo muy grave al emperador, que para asegurarse la Lombardia los dejaba ir á engrosar las filas del ejército enemigo.

Ayudado, en efecto, por aquellas fuerzas, recobró Felipe á Madrid del príncipe Carlos, hijo segundo de Leopoldo, á quien su padre había cedido sus derechos; pero pronto volvió á él. Clemente XI, que por las exigencias de Leopoldo le había declarado la guerra, fué tan maltratado por los protestantes al sueldo del emperador, que se vió obligado á someterse. Entonces confiscó Leopoldo el ducado de Mántua, como perteneciente á un rebelde. Confiscó también la Mirandóla, que fué vendida á Módena, y dió al duque de Saboya la investidura de sus Estados. En fin, Lila, en la que Vauban había desplegado toda su ciencia, y para cuya defensa había entregado al morir un plan se-

(4) Cuando las negociaciones de 1714, confesó Eugenio á Villars que si hubiese marchado entonces sobre Viena, hubiera apresurado once años la conclusión de la paz, obteniendo ventajosas condiciones para la Francia, y evitando los espantosos males que produjeron las siguientes campañas.

creto á su sobrino, tuvo que ceder después de un terrible sitio; y el reino fué invadido por los ingleses y por los imperiales, deseosos de vengar en la Francia los estragos del Palatinado.

La Francia tenía que sufrir además calamidades naturales: las viruelas se cebaban en ella con frecuencia (5). Al terrible invierno de 1709 sucedió otro tan riguroso que las viñas, los olivos y los árboles frutales se perdieron; lo mismo le sucedió á la simiente; resultando una carestía que agravaba aun más las medidas ignorantes. El pueblo se moría; y lo que se sentía aun más, las contribuciones no se cobraban, lo que hacía que el rey no pudiese pagar sus tropas. Triplicóse la capitación; fundióse de nuevo la moneda y diósele un valor de una tercera parte más que el suyo, último de sastré; vendiéronse cartas de nobleza á razón de 2000 escudos. Al estado tan próspero de la hacienda en tiempo de Colbert, sucedió un descrédito general, y las quiebras fueron frecuentes. Ya no quedaba dinero ni existía comercio; las tierras permanecían sin cultivo; los industriales eran destruidos, las rentas del Estado se hallaban envilecidas, el pueblo empobrecido por las contribuciones; no recibiendo los nobles sueldo en el ejército, se veían precisados á empeñar sus tierras. El rey tuvo que procurarse 8.000.000 mediante 32 de rescriptos, es decir, al 400 por 100. Las rentas no ascendían más que á 115.389.074 libras; pero la deuda absorbía 82.859.504. No quedaban, pues, más que 32 millones y medio para los gastos del gobierno, y se hallaban gastados los de tres años (6).

Luis XIV hubiera querido disminuir sus gastos; pero se lo impedían sus costumbres de lujo y su compasión hacía sus antiguos servidores. Madama de Maintenon se veía reducida á comer pan morno; compañías enteras de caballería desertaban para dedicarse al contrabando. El banquero Samuel Bernard era por la parte del rey, á quien trataba de procurar dinero, objeto de atenciones que en otro tiempo hubieran enorgullecido á los príncipes. En fin, viéndose Luis XIV en los últimos apuros, impuso por contribución la décima parte de todas las rentas; pero espuesto este impuesto á la mayor arbitrariedad, causó un grande descontento y produjo muy poco.

Entretanto Leopoldo y su sucesor José I habían muerto. Habiendo recaído el imperio en Carlos, pretendiente al trono de España, renacía por esta parte el temor de una reunión peligrosa entre los aliados, y entre los españoles el de verse reducidos á provincia. A los planes dispuestos por Marlborough se ponían siempre obstáculos por los comi-

(5) Hicieron perecer en 1712 á quinientas personas en Paris en el término de un mes; la mortandad fué á proporción en los demás puntos, y en todas partes hubo ilustres víctimas.

(6) RAYNAL, *Hist. filos. de las dos Indias*.

sionados de los Estados Generales, que acompañaban al ejército con instrucciones muy ilimitadas, y debían con arreglo á la constitución consultar á tantas personas que era imposible el secreto; añádase á esto la envidiosa repugnancia á obedecer á un príncipe extranjero. Así fué que Marlborough tuvo que engañarlos con frecuencia y no revelar sus proyectos sino en el momento de la ejecución. Por esta razón es por la que habiendo recibido el anciano general Athlone felicitaciones de los Estados Generales por el feliz éxito de la campaña de 1702, contestó: «No se debe sino al incomparable generalísimo; por lo que á mí toca, no puedo sino acusarme de haberme opuesto continuamente á todo lo que proponía al consejo» (7).

Trabajaba, sin embargo, secretamente Luis XIV para obtener la paz; pero no ha habido en los tiempos modernos negociaciones más largas y complicadas que aquellas (8). El curso de su afortunado reinado, según el marqués de Torcy, no había sido durante muchos años interrumpido por ningún revés: así era que el rey sentía más las calamidades, pues no las había experimentado. Era un terrible motivo de humillación para un monarca acostumbrado á vencer, alabado por sus triunfos, por su moderación cuando dictaba la paz y prescribía las condiciones, verse obligado á implorarla de sus enemigos, ofrecerles en vano, restituirles una parte de sus conquistas, la monarquía española y el abandono de sus aliados: aun más, para hacer aceptar sus ofrecimientos fué preciso dirigirse á aquella república, cuyas principales provincias había conquistado en 1672, y rechazado la sumisión con que le suplicaba le concediese la paz con las condiciones que quisiese. Soportaba el rey semejante cambio con la constancia de un héroe y la resignación de un cristiano á las órdenes de la Providencia, menos afligido de sus pesares que de los sufrimientos de su pueblo: ocupado sin cesar en los medios de aliviar y concluir la guerra, apenas se notaba que se violentase para ocultar á los demás sus propias penas.

Impulsado por la necesidad y por las reclamaciones que le dirigían de todas partes los pueblos, Luis XIV volvía á anudar las negociaciones, y ofreciendo millones, tentaba la venalidad de Marlborough. Pero cuando más se escedía, más aumenta-

(7) Debe verse en la correspondencia de Marlborough estos obstáculos de parte de los Estados Generales, y la necesidad en que se encontraba de sacrificar á su lentitud planes cuyo objeto no podía conseguirse sino con la rapidez; por otra parte, «el menor revés los disponía á aceptar condiciones hasta vergonzosas, al paso que su prosperidad los hacía olvidar á sus amigos y á sus enemigos.»

(8) Las memorias de J. B. Colbert, marqués de Torcy, ministro de Negocios extranjeros en Francia, contienen la mejor relación. Llenas de lealtad, ofrecen atractivo, tanto por el mérito del narrador como porque manifiestan la humillación del gran rey, que toda la literatura contemporánea presenta radiante de gloria.

ban las pretensiones de sus enemigos; y el rey Felipe V no consentía en ceder ni en fraccionar su corona.

El partido whig había dominado en Inglaterra mientras duró la necesidad de sostener á la nueva dinastía contra el gran rey; pero entonces que cesaba de inspirar ya temor, se habían despertado los torys, más dispuestos á un arreglo. Habiendo depuesto del ministerio la reina Ana á Marlborough y á Godolphin, le confió á Bolingbroke, ardiente partidario de la paz; y un cambio de gabinete produjo lo que tantos armamentos no habían podido verificar. La Inglaterra hubiera visto con disgusto el que Carlos reuniese al Imperio tantos otros Estados, y á la Holanda, su rival en el comercio, aumentar sus posesiones. Hicieron, pues, proposiciones á Luis XIV, que como se puede conocer, las aceptó con gran satisfacción, y éstas fueron los preliminares de un tratado de paz. En vano acudió Eugenio á Inglaterra para poner obstáculos y derribar al ministerio, aun cuando fuese por el asesinato y el incendio; convocóse un congreso en Utrecht para discutir las condiciones. Sin embargo, los imperiales se obstinaron en su negativa. Eugenio atacó á Landrecy, cuya toma le hubiera abierto la Champagne y la Picardía; sus exploradores se adelantaron hasta las puertas de Reims, y amenazó llegar hasta Versalles con la tea en la mano. Toda la Francia se encontraba sumergida en el espanto, y se aconsejaba al rey retirarse al otro lado del Loira. Esta era la humillación á que se veía reducido á la edad de setenta y tres años; aquel rey en otro tiempo tan feliz; y como si esto no bastase aun, quiso Dios presentarle como objeto de compasión.

El Delfín, su único hijo legítimo, «el mejor de los hombres y el más incapaz de los príncipes (Duclos),» murió á la edad de cuarenta y nueve años (1711) en Meudon, donde vivía retirado, después de haber manifestado alguna habilidad en la guerra, pero ninguna en todo lo demás. El dolor que Luis XIV sintió fué moderado; pero no era más que la primera gota de un cántiz que debía apurar hasta las heces. El duque de Borgoña, hijo de este príncipe, de pasiones violentas, había sido educado santamente por Fenelon, después por Fleury, y buen guerrero, se lisonjeaba de reunir con instituciones generosas á príncipes, ejército y pueblo; murió también á su vez (1712) á la edad de treinta años, después de haber llevado diez meses el título de Delfín.

Maria Adelaida de Saboya, su mujer, llena de gracia y talento, formaba las delicias del anciano rey.

«En público sería, mesurada, respetuosa con el rey y en tímido decoro con Mad. de Maintenon, á quien siempre llamaba *su tia*, para confundir la categoría y la amistad; en particular charlando, jugando en su rededor, inclinada tan pronto sobre el sillón de uno ó de otro, como jugando sobre sus rodillas, los abrazaba, besaba, acariciaba, les cogía

de la barba, los atormentaba, revolvia sus mesas, sus papeles, sus cartas, las abría, las leía, á veces á pesar suyo si los veía de humor de reír y otras hablaba demasiado. Admitida en todo, cuando recibían los correos portadores de las más importantes noticias entraba en las habitaciones del rey á todas horas; aun mientras duraba el consejo; útil y fatal á los mismos ministros, pero siempre inclinada á obligar, servir, escusar y hacer el bien, á menos que no estuviese violentamente incomodada contra alguno, como lo estuvo con Pontchartrain, á quien llamaba algunas veces hablando con el rey *vuestro feo tuerto*; ó por alguna causa mayor, como lo estuvo contra Chamillart; tan libre, que oyendo una tarde al rey y á Mad. Maintenon hablar con afecto de la corte de Inglaterra en la época en que se esperaba la paz de la reina Ana, *Tia mia*, dijo la princesa, *es preciso convenir que en Inglaterra la reina gobierna mejor que los reyes; y sabeis por qué, tia?* y siempre corriendo y saltando: *Es porque en la época de los reyes son las mujeres las que gobiernan y los hombres en las de las reinas*. Lo más extraño es que los dos vieron y dijeron que tenía razón.» (9)

Pues bien; aquella encantadora princesa bajó al sepulcro seis días antes que su marido. Dejaban dos hijos, el uno de edad de cinco años que fué entonces Delfín; pero aun no se habían pasado cuatro semanas cuando murió también, y no quedaba ya en derredor del viejo tronco real más que un débil vástago de dos años.

Los dolores del hombre afectan aun á aquellos que detestan las faltas cometidas por el rey. El pueblo que esperaba de los delfines un consuelo á los males, bajo cuyo peso gemía, se los perdonaba á Luis XIV, porque era su padre y su abuelo, y se entregó entonces á un loco dolor: como en las grandes desgracias es una necesidad encontrar alguien á quien imputarlas, no se habló sino de veneno. Saint-Simon acusa á la corte de Viena; la voz pública denunciaba al duque de Orleans, á quien aquellos crímenes aseguraban la regencia y aproximaban al trono. Pidió que se instruyese un proceso sobre ello; pero toda su culpa fué haber dado motivo á él por su amistad con personas de mala conducta.

Profundamente conmovido el rey por aquellas dolorosas pérdidas, dijo al mariscal de Villars, cuando se despidió para ir á ponerse al frente del ejército reunido por un último esfuerzo: «Veis á lo que me veo reducido. Pocos ejemplos hay de una pérdida semejante á la mía: Dios me castiga, lo he merecido, eso menos sufriré en el otro mundo. Pero demos tregua á los dolores que causan mis desgracias domésticas, y veamos cómo evitar los del reino. Os entrego las últimas fuerzas y la salvación del Estado; es manifestaros cuánta confianza tengo en vos. Conozco vuestro celo y el valor

(9) *Memorias de SAINT-SIMON.*

de mis tropas: sin embargo, la fortuna podía serme contraria. En el caso de que le acaeciese alguna desgracia al ejército mandado por vos, ¿qué partido os parece debía adoptar con respecto á mi persona?»

Viendo vacilar á Villars: «No me admiro, replicó, que no me contesteis al momento; pero mientras me decís lo que pensáis, os diré lo que creo. Los cortesanos desearían que me retirase á Blois sin aguardar á que se acercase el ejército enemigo á París, como inevitablemente lo haría si fuese derrotado el mío. Sin embargo, no consentiré nunca en que el enemigo se acerque tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan considerables no son nunca derrotados hasta el punto de no poderse retirar la mayor parte del mío al Soma. Conozco este río; es difícil de pasar, y hay plazas en él que pueden ponerse en buen estado. En caso de revés, iré á Perona ó á San Quintín; reuniré las tropas que me quedan para hacer con vos un último esfuerzo, y perecer juntos ó salvar el Estado.» Despidiéndole después le mandó marchar contra el enemigo y dar la batalla. «Pero, señor, es vuestro último ejército.—¡No importa! No exijo que batáis al enemigo, sino que le ataqueis. Si la batalla se pierde, escribidmelo en particular. Montaré á caballo, atravesaré á París con la carta en la mano. Conozco á los franceses: os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquía.»

No hubo necesidad de llegar á estos extremos: vencedor Villars en Denain, precisó á Eugenio á levantar el sitio de Landrecy, y se hizo dueño de varias plazas, lo cual disminuyó los obstáculos para hacer la paz. En medio de las eternas discusiones á que dieron lugar las negociaciones, hay una que no podemos pasar en silencio. Habiendo pretendido Ana que Felipe V renunciase á sus derechos eventuales al trono de Francia, le propuso dos partidos, ó desistir de la corona de Francia, conservando la España y la América, ó renunciar á éstas para ser indemnizado con los ducados de Saboya, Montferrato y Mantua, con la facultad de reunirlos á la Francia en el caso que fuese llamado á reinar en ella. Esta última alternativa agradaba mucho á Luis XIV, aun cuando no fuese más que por tener á Felipe V por vecino y apoyo de su ancianidad. Pero este príncipe encontró en su propia rectitud bastantes fuerzas para resistirse á la voluntad paterna, y no separarse de la nación que le había preferido. Habiendo, pues, elegido un ministerio español, protestó contra las divisiones proyectadas, excitó el entusiasmo de la ración, y se puso á la cabeza de un ejército para rechazar á los austríacos.

Felipe V inspiraba respeto á los castellanos: y la pobreza, los reveses, que por lo comun envilecen á los príncipes, le hicieron querido. Tuvo por sostenes á Luisa de Saboya, su esposa, y á la princesa Ana de los Ursinos, camarera mayor de palacio, mujeres valerosas y á prueba de desgracias. Arro-

jado dos veces del reino sin confesarse nunca derrotado, fué llevado dos veces á él, la una por el duque de Berwick, después de la batalla de Almanza (1707), la otra por Vendome, después de la de Villaviciosa (1710), y eligió el primero de los dos partidos que le habían propuesto, renunciando á todos los derechos eventuales á la corona de Francia.

**Tratado de Utrecht, 11 abril 1713.**—En fin, verificóse la paz, y la Inglaterra, que por primera vez se encontraba árbitra de la Europa, quiso arreglarla de tal manera, que en mucho tiempo ninguna potencia de Europa pudiese predominar, y esto favoreciendo exclusivamente á las de segundo ó tercer orden.

Segun los términos del tratado, la Francia reconoció la línea protestante de la casa inglesa de Hannover, y declaró que nunca se reuniría á la corona francesa la de España, con la que se comprometió á reducir su comercio al estado en que estaba en tiempo de Carlos II: desmanteló sus fortificaciones y cegó el puerto de Dunkerque, culpable de haber armado en el trascurso de aquella guerra á setecientos noventa y dos corsarios. Restituyó á la Inglaterra la bahía y el estrecho de Hudson, cedió la isla de San Cristóbal, la Nueva Escocia en Acadia, y Terranova con sus dependencias; en fin, renunció en favor de Portugal á todas sus pretensiones sobre las tierras situadas al norte del río de las Amazonas.

Cediendo la España la Sicilia, Nápoles, la Cerdeña, con el resto de la herencia de la casa de Borgoña, y abandonando á los ingleses, Menorca y Gibraltar, se encontraba borrada de la lista de las potencias de primer orden; concedía además á los ingleses la facultad de trasladar anualmente por espacio de treinta años, cuatro mil ochocientos negros á América (*asiento*) con otros derechos comerciales, y se comprometía á no ceder á otros pueblos ningún privilegio sobre las Indias, ni enajenar ninguna de sus colonias. Los catalanes fueron abandonados sin defensa á la venganza de Felipe, que tomó á viva fuerza á Barcelona, y abolió todos los derechos constitucionales de Cataluña, Aragón y Valencia.

La casa de Saboya, á la cual los Estados marítimos estaban resueltos á conceder gran poder á fin de que pudiese equilibrarse á sus vecinos, obtuvo mejores fronteras, y se le devolvió la Saboya, con Niza y toda la vertiente italiana de los Alpes marítimos, cuya cresta marcó sus confines con la Francia. Concedióse además la Sicilia al duque con el título de rey, y la expectativa á la corona de España, en el caso en que la línea de Felipe V llegase á extinguirse.

Los Estados Generales, cuyo poder por mar no se aumentaba, restituyeron á la Francia, Lila, Orchies, Bethune, Aire, Saint-Venant y el fuerte Franciscó; obtuvieron al mismo tiempo por barrera á Tournay, Ipres, Menin, Furnes, Warneton Warwick, Comines, y el fuerte de Kenock.

Paz de Rastadt, 6 marzo 1714.—Estos eran varios tratados particulares más bien que una paz general; pues uno de ellos podía romperse sin perjudicar á los demás. Sin embargo, el objeto de la guerra permanecía sin decidirse, pues el emperador no renunciaba á sus pretensiones sobre la España, pretensiones que habían costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Cuando Luis XIV consiguió aislarle de sus aliados, adoptó otro tono en las proposiciones que le dirigió; y á su negativa de aceptarlas continuó la guerra contra aquel príncipe, hasta el momento en que los triunfos de Villars le precisaron á negociar. Concluyóse la paz en Rastadt, entre aquel general y el príncipe Eugenio; en fin, los Estados del Imperio accedieron al tratado en Baden. Las estipulaciones de aquel tratado aseguraron al emperador Nápoles con el Estado de los *Presidios*, Milan, Mantua y la Cerdeña; recobró á Vieux-Brisach, Friburgo, Kehl, dejando á la Francia Estrasburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisach, y la soberanía de la Alsacia; los electores de Baviera y Colonia fueron relevados del destierro dado contra ellos.

Estos tratados habían sido precedidos por el de la Barrera (1715), hecho en Ambères con objeto de conceder los Países-Bajos á la casa de Austria, y proporcionarle los medios de defenderlos sin gastos, dando á los holandeses el derecho de mantener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Furnes, Warneton y Knocke.

De esta manera se daba una nueva distribución á la Europa, arreglando las diferencias que la habían agitado durante un siglo. La casa de Austria, á pesar de sus adquisiciones, veía el temido cetro de Carlos Quinto romperse entre sus manos, y elevarse al lado suyo la Prusia, de la que había sido reconocido rey el elector de Brandeburgo, y añadido á sus Estados el ducado de Gueldres arreba-

tado á la España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose en contra del Imperio, debía encontrar imitadores. La dignidad de la Francia se manifestaba cuando después de desgraciadas guerras podía salir de ellas con pérdidas poco considerables, y conservando el trono de España en la familia real. La rivalidad que duraba hacia dos siglos entre aquellos dos Estados, cesaba de existir; pero pronto se conoció cuán débiles son los vínculos de parentesco en política. El efecto principal de aquella paz había sido separar de la España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, con la idea de conservar el equilibrio, reprimir las disposiciones invasoras de Luis XIV, y defender al Austria, al Imperio y á la Holanda. En vano trataron los protestantes de obtener en el tratado algunas ventajas para sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon en ventaja propia, resultando un engrandecimiento en el sistema comercial. Pero la Holanda, á la que de Witt quería engrandecer por el mar y no por el continente, gastó trescientos cincuenta millones de florines en obtener el tratado de la Barrera, como garantía de su futura existencia. La Inglaterra había dirigido la guerra y la paz; pudo, con el sistema de empréstitos introducido entonces, proporcionar subsidios y soportar enormes gastos. Entonces encontraba ventaja en permanecer unida al emperador, como dueño de los Países-Bajos, y podía ganar á su partido á la Saboya, como también á los príncipes del Imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, siendo partidaria suya la república de Holanda, y poseyendo ya más medios para seguir sus combinaciones políticas, quedaba árbitra del continente.

Los pueblos habían sufrido ciertamente más de lo que puede espresarse, pero nada se estipuló en su favor.

## CAPÍTULO XXVI

### MUERTE DE LUIS XIV.

Aquella larga guerra había sido producida por culpa de Luis XIV, cuya ambición no conocía límites, resultando la independencia de toda la Europa. Negándose á ceder algo en un principio, se arriesgó á perderlo todo. La partición que las personas moderadas habían propuesto al comenzar la lucha se efectuó después; ¡pero cuánta sangre y dolores no costó!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces: calculase en uno de sus números la disminución que con las conquistas había causado en la población del reino en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, había causado menos mal á su pueblo: en otro lugar se vituperan la corrupción que se introdujo durante su reinado, la ostentación de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galantería y de la amistad en comercio, los perjuros del monarca y su vanagloria que le llevó hasta permitir que se erigiesen estatuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molición de la corte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nación no se atrevía á insultar á aquella grandeza decaída, y hasta temía un porvenir más deplorable. Sin embargo, la población estaba diezmada, destruida la industria por la revocación del edicto de Nantes, y por la reacción de aquellos á quienes había tratado de perjudicar con el sistema de Colbert, los campos aniquilados por enormes contribuciones, y provincias enteras reducidas á desiertos, por órdenes positivas ó persecuciones religiosas. Causaba desaliento ver al gobierno sucumbir bajo el peso de una deuda de 2,600.000.000, equivalente al doble en el día, recurrir á espedientes, desastrosos, crear empleos ridículos para ven-

derlos, pagar al 10, al 20 y hasta al 50 por 100 el dinero que la Inglaterra y la Holanda obtenían al 4: y sin embargo, no podía atender á sus necesidades; dejaba al ejército sufrir derrotas y humillaciones, á los habitantes morir de hambre y frío mientras que los arrendadores de las contribuciones seguían cobrándolas inexorablemente, hasta el grado de haberse rebelado ciertas provincias, y haber sido preciso tomar por asalto á Cahors. Bois-Guilbert, lugarteniente general en la bailía de Ruan, se expresaba en estos términos: «Las contribuciones se cobran con gran rigor, y lo menos la cuarta parte se consume en gastos. Sucede con frecuencia llevar las ejecuciones hasta el grado de coger las puertas de las casas, después de haberlas vaciado; algunas han sido demolidas para sacar las vigas y tablas y venderlas cinco ó seis veces menos de su valor. Escepto el hierro y el fuego, que gracias á Dios no se han empleado aun para forzar al pueblo, no hay medio que no se haya puesto por obra, y todas las provincias del reino están en la mayor ruina.» (1)

Vauban no hubiera sido menos grande en la administración que en la guerra. Educado entre el pueblo, su atención se fijó en sus sufrimientos; así es que se informaba constantemente del estado de las provincias, de los medios de mejorar su suerte,

(1) *Detalles de la Francia*, 1697.—Apareció en 1690, con fecha de Amsterdam, un opúsculo de doscientas veinte y ocho páginas en 4.º, que es muy raro, titulado: *Suspiros de la Francia esclava que aspira á la libertad*. Compónese de quince memorias, en las cuales un celoso católico espone los males causados por la tiranía de Luis XIV, la opresión de la Iglesia, de la magistratura, de la nobleza y del pueblo. Combate las pretensiones del poder absoluto, é invoca los derechos del pueblo y de los Estados Generales.